



Una golondrina no hace un verano...

Sol León Cornejo

intilibelulasol@gmail.com

Mi primer día de una nueva carrera, una que me haría feliz; ahora sí sabía a lo que me enfrentaba, estaba allí en el Departamento de Física de la USACH donde había cursado los primeros ramos de la carrera anterior; sonreía, era increíble, pero realmente sonreía al estar de nuevo en este Departamento; ahora no para tener las bases de la Ingeniería, sino para ser Docente de esta maravillosa Ciencia, ya no tenía temores, tenía la confianza que todo saldría bien y que si hubiera que esforzarse mucho, bien lo valdría. Verifiqué el listado pegado en la puerta de la nueva sala de clases, ahí estaba mi nombre, pero algo me hizo seguir revisando; hubo un remezón cuando leí el apellido *Svidersky*, -debo estar imaginando y solo lo asocié- me dije, pero era dos veces que se repetía, al menos uno estaba tal cual escrito y el otro sufriría alguna modificación -¡seguro es error del Registro Civil o de la Secretaría que transcribió el listado!- pensé de inmediato. No podía creerlo, pero ¡cómo era posible que un personaje de un cuento estuviera en la misma clase!. Sin duda era otro maravilloso presagio....

Pasaron varios días en que estaba atenta a la lista de alumnos, para saber quiénes eran las que responderían al apellido *Svidersky* (y a su versión modificada). Finalmente llegó el día; aunque ya había podido adivinar de quiénes se trataría, su rostro, pelo y ojos acusaban su ascendencia polaco-italiana. Sentí nervios de cómo explicarles que yo había conocido la historia de sus inmigrantes abuelos a través de un cuento; pensarían que era una loca impertinente; sin embargo, no me hice esperar y en la hora del coffee-break me presenté. Al principio les mencioné que había notado su ausencia la primera semana de clases; luego arremetí contándoles que me había llamado la atención su apellido, pues mi papá había escrito un cuento acerca de un zapatero y su señora... No alcanzaba a terminar la frase y una de ellas exclamó -¡No!; ¿tú papá es el que escribió algo así como Adiós a las golondrinas?!.

-¡Sí, "Adiós Golondrina"!- le corregí de inmediato. Le conté que aún recordaba a



su abuelo en el taller de zapatero con su abundante cabellera blanca y a su abuelita de rasgos muy finos, ambos de llamativos ojos claros... Otro grito...

-¡Mi *nonno!*, ¡se me puso la piel de gallina!, ¡me emociona tanto recordarlo!- Sin dudas estaba emocionada, sus lagrimal acuoso la delataba... -¡*Nonni!*- le repetía a su prima, pienso con afán de que la acompañara en la sensación ante el sorprendente relato.

Mientras hablaba con la de pelo corto, a ratos observaba a la de pelo largo y anteojos, quien parecía no emocionarse con esta atmósfera de recuerdos que nos envolvía. Yo vibraba con la de melena y podía percibir toda su emoción, hasta también sentí alguna lágrima mía asomar.

Pregunté (más para confirmar) por qué sus apellidos estaban escritos diferentes; recién escuché la voz de la otra para aclarar que había sido un error tipográfico en el Registro Civil; el que esperaba algún día poder enmendar legalmente.

Ese día no pude volver a mi casa sin antes visitar a mi papá, debía contarle la hermosa coincidencia vívida que me había sucedido. Ciertamente esperaba más emotividad por parte de él; sin embargo, no hizo más que sonreír con su típica postura de dientes adelantados. Estaba tan emocionada que le conté que les había prometido una copia del cuento; en ese momento se ensombreció la cara de mi papá y me informó que su PC ya no encendía; con mi porfía traté de hacerlo funcionar pero fue infructuoso; sólo había frente a mí una pantalla en negro. Le pregunté qué le parecía si nos reuníamos con ellas a tomar un café, al que aceptó -¡Pero hay que comprar primero el libro que les prometiste!- le advertí. -¿Qué prometí yo?!- me respondí sorprendido.

-¡Pero cómo, si tú al final del cuento le prometes a la señora *María* un silabario italiano para que le enseñe *ai suoi nipotini!*- exclamé, yo aún más sorprendida por el olvido de la deuda impaga por tantos años.

-¿Y dónde podremos encontrar uno?- me preguntó papá, más por curiosidad que por interés.

-No sé, pienso que debe haber alguna librería italiana o, quizás en la Embajada... lo tendré que averiguar antes que nos reunamos con ellas-. Al decir ellas en



realidad pensaba en la nieta de *Mikael Svidersky* con la que más había interactuado.

Como suele pasar, cuando tienes a las personas cerca piensas que en algún momento realizarás lo que prometiste, ya sea a viva voz o para ti mismo. Así fue como pasaron los tres años de esta maravillosa carrera, la que disputé con maravillosos maestros como Jorge Lay q.e.p.d., que me enseñaron además de los principios prácticos de la Física a cómo hacerla cercana y entretenida a los estudiantes secundarios; a cómo ser estrictos con el lenguaje científico sin hacer las clases soporíferas tal como lo vivimos la mayoría. Al principio veía a menudo a las primas *Svidersky*, pero luego se fueron distanciando sus apariciones en clases. Para evitar el alejamiento con ellas y mantener vivo mi propio compromiso, un día me acerqué a saludarlas formalmente y preguntarles cómo estaban; tal como lo esperaría, me respondió la de pelo corto. Me contó que no lo estaban pasando muy bien y que se les estaba haciendo difícil compatibilizar con sus trabajos y la vida familiar. Debe ser por mi vocare pedagógico que me ofrecí a estudiar con ellas algunos sábados por la mañana, como acostumbrábamos algunos compañeros. Gentilmente mi ofrecimiento fue rechazado por distintos compromisos que tenía cada una. Como la cara de *suoi nonni* se fueron disipando en mi memoria, las primas fueron desapareciendo de la carrera. Sólo una vez me encontré en la misma sala con la de pelo largo en un examen; lamentablemente se retiró antes...

Cuando tuve que realizar mis trámites de titulación le consulté a la secretaria por algún teléfono que me pudiera dar de ellas; me indicó que era información confidencial...

Pasaron los años y, a casi un lustro de mi presentación con las herederas de los *Svidersky Ciuffolotti*, mi papá falleció... De tantas cosas que sucedieron para su inesperado funeral; la que más retumbó en mi cabeza fue la insistencia de amigos y familiares de que debía continuar con su legado de escritor. -Claro, como si fuera tan fácil; solo podía admirar la ligereza con que mi papá escribía en su antigua máquina Continental ocupando todos los dígitos y sin mirar el duro y enfierrado teclado-. Me repetía una y otra vez cómo yo alguna vez podría ser



capaz de describir con tanto detalle paisajes y personajes tal como lo presenta una fotografía; sin duda para mí è *un lavoro impossibile da fare*. La vez más cerca que estuve de escribir fue la ocasión en que dedicamos juntos un fin de semana completo a transcribir desde las hojas amarillentas y casi translúcidas mecanografiadas a formato Word, y donde le insistí que colocara al pié de página los significados de los chilenismos, para que en su próxima edición (la primera había tenido ocasión en mi adolescencia) tuviera un carácter más internacional, al menos dentro de latinoamérica; ya que era una recopilación de cuentos ocurridos, en su mayoría, en el Cono Sudamericano; trataban de sus propias vivencias, cuando había decidido llegar hasta el canal de Panamá con el objetivo de embarcarse al viejo continente, para perfeccionarse en el funcionamiento de las máquinas de escribir. Lo paradójico era que su último cuento trataba de una pareja de inmigrantes desde Europa; él polaco y ella italiana que llegaban a Chile a través de la Cruz Roja Internacional durante la Segunda Guerra mundial, con *due bambini: Giuseppe e Sephora*. Mi recuerdo más intenso es que ambos terminamos el cuento (yo escribía en su PC, mientras él me dicataba, relataba y explicaba en las circunstancias que se fueron gestando cada uno) llorando, ¡cómo no!, si “Adiós Golondrina” lo escribió mientras esperaba impaciente que mamá me diera a luz...

Fue entonces que recordé que mi papá prefería revisar los textos impresos. -¡Entonces existía una copia en papel del cuento, no todo se había perdido junto al PC!. Cuando tuve que retirar las cosas de mi papá del dormitorio que compartía con mi mamá, encontré finalmente nuestro *duro lavoro*. -¡Eureka!

A seis años de la muerte de mi papá, y en su mes conmemorativo, he buscado infructuosamente en Facebook a las primas *Svidersky*; solo he encontrado dos coincidencias en Santiago de Chile con su homónimo: Pablo y María, a quienes les envié un mensaje, pero no he tenido respuesta. Lo increíble es que, en la misma fecha recibí la invitación de *Editor Possibilism USACH*; no sé si será una golondrina; sólo espero que viaje y me pueda reunir nuevamente con ellas. Prometo que de saber de alguna de las *nipotine*, les fotocopiaré “Adiós Golondrina” y conseguiré comprarles un silabario italiano...

-¡Labor Laetitia Nostra!